



Martin Mejia y Carlos Valenzuela

Reflexiones de los Pastores



ANTES MUERTO QUE SENCILLO

Pastor Carlos Valenzuela



Casualmente escuché en alguna estación de radio una canción cantada por una voz femenina, por cierto que la voz se escuchaba algo joven. Su estribillo decía: “antes muerta que sencilla, ¡ay! que sencilla, antes muerta que sencilla, ¡ay! que sencilla”, debo reconocer que el ritmo sonaba bien al oído, incluso diría yo que la melodía sonaba hasta agradable. Lo triste era el contenido, es decir, el mensaje que despreciaba la sencillez prefiriendo la muerte a ella. El resto de la letra no lo puedo recordar porque lo que me llamó la atención fueron esas palabras que se repetían continuamente.

Como siempre, me puse a reflexionar sobre los conceptos que el mundo maneja como motivo de exaltación y que son tan opuestos a los principios que Dios ha dispuesto para nuestras vidas. De más estaría decir que Dios, siendo el creador de todas las cosas y el dador de la vida, es quien tiene la razón y no el mundo. La Palabra de Dios dice que Él da gracia al humilde y resiste al soberbio, es decir, quien le agrada es el que actúa con humildad o sencillez y no con soberbia. El humilde de corazón es quien cuenta con el respaldo de parte de Dios para su vida.

Me viene a la memoria un caso patético de gran soberbia en el que un hombre con grandes cualidades de fuerza y valentía, se sentía merecedor de todas las atenciones por los logros que había obtenido en su vida y que pensaba que hasta Dios debía resolverle sus necesidades en la forma y tiempo que este hombre dispusiera. Estaba convencido de que toda la gente debía rendirle pleitesía a su fama de gran general. A quien me refiero es al sirio Naamán del que habla La Biblia en el segundo libro de Reyes en el capítulo cinco. Tenía todo, o casi todo lo que un hombre de guerra podría aspirar, pero tenía una enfermedad incurable. Alguien le dijo que había un profeta de Dios que podría ayudarlo.

La soberbia de Naamán le hizo pensar que el siervo de Dios tenía la obligación de sanarlo solo por ser quien el general era. Llegó a la casa del profeta, dice La Biblia, con toda su comitiva, con riquezas, carros y todo el aparato impresionante de poder con el que contaba. Pensaba que los milagros de Dios se pueden comprar con riquezas materiales. ¡Qué equivocado! El profeta obviamente no se dejó impresionar porque un hombre espiritual no se impresiona con lo de este mundo. Eliseo que era el profeta, envió a un mensajero a darle instrucciones a Naamán de cómo sanaría.

Dice La Escritura que Naamán se enfureció tanto porque el profeta no salió a atenderlo personalmente que se dio media vuelta y se retiró sumamente enojado. El general y toda su comitiva, dignamente se alejó, dignamente pero igual de leproso como había llegado. Cuestionó el hecho de que se le indicó que debía zambullirse siete veces en el río Jordán, ¿Por qué? Si en su tierra había ríos mejores, dijo. Debió preguntarse también: ¿y por qué siete veces? ¿por qué no cinco o diez? Hay gente que piensa que puede corregir a Dios y lo que Dios quiere es que hagamos solo lo que Él nos pide, ni más ni menos.

¡Qué difícil para el hombre es obedecer! Y es que obedecer implica ser sencillos de corazón. Dejarnos ser guiados requiere humildad. El mayor obstáculo a la humildad puede ser nuestra grandeza en lo natural, nuestros logros, nuestros méritos, nuestra fama, nuestros títulos académicos, porque creemos merecerlo todo a causa de esto.

A Dios no lo podremos nunca impresionar con nuestros méritos, si me permite el término, hasta puedo decir que las cosas de Dios no se compran con dinero o fama, se “compran” con humildad de corazón. Cuantos hombres he conocido que se consideran a sí mismos su propio dios por lo que han logrado en esta vida efímera y pasajera que vivimos, pero siguen igual de leprosos o vacíos.

Al final, Naamán fue sanado, pero no por lo que era, sino porque al fin se zambulló según Dios le había dicho a través del profeta, en el lugar preciso y la cantidad de veces pedidas. Naamán fue sanado porque obedeció porque para esto tuvo que hacer a un lado su soberbia. La gran pregunta es: ¿Quién fue el beneficiado? ¿Dios? No ¿el profeta? No, el que salió beneficiado fue Naamán, el que obedeció. Porque él era el que necesitaba el milagro.

Al llegar a este punto concluyo que la cancioncita que escuché en la radio decía una gran verdad dentro de todo su mal enfocado mensaje. El que no escoge el camino de la sencillez, ciertamente que está escogiendo el camino de su propia muerte, porque, de que aprovechará al hombre si ganara el mundo pero perdiera su alma.

Jesucristo habita en corazones sencillos y el que tiene a Jesucristo en su corazón tiene la vida eterna y aunque esté muerto no morirá jamás. ¿Cantamos?